

Noche de poesía en el Ateneo de Madrid

Viernes de la cacharrería, XVI ciclo
Madrid, 16 de octubre, 22'30 horas

EL POETA

José Manuel Lucía Megías

LOS ACTORES (LAS VOCES, LOS AMIGOS)

Álvaro Carvajal Fernández

Ernesto Filardi

Ana Garrido

Carmelo Hernando

Ana López de Castro

Diana Manrique

Unas rocas. En medio de las rocas, una roca. En medio de la roca, Prometeo. Su piel del mismo tacto que las piedras; su mirada, de la misma materia que el viento. No se mueve. Parece una estatua del mismo Prometeo. Una estatua que respira, que abre y cierra los ojos. Un monumento antes que un personaje; un símbolo antes que una metáfora. Anochece como siempre: como si se tratara de un plano cinematográfico, una de esas secuencias en que se olvidaron los títulos de crédito, pero que se reconoce porque puebla la geografía de las postales.

Si en algo aprecio mi nombre, este nombre al que estoy encadenado,
si en algo el destino se ha grabado en las sílabas de mi nombre,
debería ahora descubrir vuestras caras y cifrar con exactitud su número
más allá de la oscuridad de esos ojos que comienzan a observarme.
Siento en vuestras miradas gramos de duda y kilómetros de asombro.
¿Quiénes sois, ojos que os internáis en el interrogante de las miradas,
ojos que os dejáis arrastrar hasta el abismo caprichoso de los versos?
¿De qué bruma se pinta la sombra de vuestros ojos?
¿De qué pesadilla cotidiana intentan huir vuestros ojos?
¿De qué incendio de cuerpos nacieron las cenizas de vuestros ojos?
Me hieren vuestras miradas que se retuercen como una pregunta.
¿Con qué excusas os han convocado a esta montaña perdida?
¿Qué os movió a recorrer la distancia interminable de una duda
para regalarle un tono ácido a este grito que posee el nombre de Prometeo?
Triste espectáculo, patético lamento que es eco de los grillos en la noche
y de esa luna que olvidó hace años el misterio de la maternidad.
¡Triste espectáculo, triste en verdad, el de vuestro silencio,
el de vuestro nombre que quedará anónimo en el silencio!
¡Gritad vuestro dolor! Que los adjetivos me hieran los tímpanos
desde el anónimo telón de vuestro rostro sin sonrisas, sin boca, sólo ojos;
ojos que me vendan las heridas que yo deseo sangrantes,
ojos que me lavan lágrimas que yo añoro vertidas,
ojos que me saludan, que me abrazan como a un amigo,
ojos que resbalan por mi silueta repartiendo lentas caricias,
ojos que me buscan como quien se esconde en un espejo roto.

¿A qué habéis venido, ojos anónimos a esta montaña solitaria?
¿Con qué intención os han convocado al aquelarre de los verbos?
No me miréis así, ojos hechos añicos en la circunferencia de una vocal,
ojos cuadriculados en las imágenes cotidianas de las salas de prensa,
ojos que han perdido la sensibilidad de los sueños infantiles,
que sólo se conmueven ante las líneas descendentes de la Bolsa
que parecen buscar las cosquillas más íntimas de las estadísticas,
que permanecen inalterables ante el sacrificio de los ojos de un niño.
Ojos que miran, pero que no ven.
Ojos que miran, pero que no entienden.
Ojos que miran, pero que están ciegos.

Yo soy Prometeo. El dios del fuego y el de este poema,
que hasta hoy era sólo un grito amenazado en el horizonte de una roca,
hasta hoy en que vuestros ojos lo van llenando de volúmenes, siluetas y
recuerdos.

Yo soy Prometeo y mi nombre es el ataúd de mi destino,
las páginas en blanco donde algunos vienen a esconderse de su futuro.
Yo soy Prometeo, el condenado a conocer todas las preguntas,
el condenado a tener que hacerse día a día cada una de las preguntas.
Yo soy Prometeo, el que enseñó a los hombres a sacrificar sus animales,
quien levantó al nuevo dios hasta el calor de su trono omnipotente.
¡Estas cadenas son la recompensa con que el nuevo dios del fuego y del rayo
premia los favores que un día me suplicó entre sollozos!
Pero, ¿acaso también estoy condenado a no poder reflejarme en vuestros ojos,
a no poder reflejaros en el espejo de las pupilas de mis ojos?

Vuestra mirada es una caricia.
Vuestra mirada es mi destino y mi única razón de ser.
Vuestra mirada devuelve la vida a mis palabras,
a cada uno de los segundos que recorre la circunferencia de mi aliento.
Sentid cómo el latido de mi saliva acompasa el ritmo de vuestras sílabas.
No os detengáis ahora que habéis sido capaces de acercaros a esta roca,
que no os tiemble ahora el pulso ante la apuesta de una escalera.

La poesía, ay, la poesía. La que hoy nos ha reunido en el Ateneo de Madrid, corazón literario de una ciudad en obras, en prisas, en prosa. La poesía... esa gran desconocida, esa maltratada poesía, que es vendida en los mercados de los premios –siempre los de los otros, que conste- y esa que en pocas ocasiones se encuentra en los versos que los otros escriben. La poesía. Esa que un día me visitó vestida de ropajes retóricos y que, con los años, se ha ido desnudando de artificios hasta llegar a ser mi más artificiosa forma de hablar, de comunicarme con el mundo. No entiendo un mundo sin poesía. No entiendo mi mundo sin poesía. Por eso, solo con versos sé capaz de hacer mío lo que me rodea, de haceros míos y de volver realidad mis sueños, mi vida, una vida que desea estar alejada de todo aquello que convierte en prosa mi día a día: las prisas, los relojes, los compromisos... las putas circunstancias, que diría el filósofo. Y así siguiendo la estela de una leyenda que explica el color rosado de los Dolomitas italianos, como si escondiera un jardín de rosas sólo visible al anochecer, al amanecer, me sentí un día “un nuevo Laurino”:

Esperaré.

Esperaré la primera oportunidad,
el primer golpe de suerte
y te llevaré a mi palacio de primavera
donde nadie podrá verte nunca jamás.

Todo mío.

Sólo para mí.

Los lamentos de tu familia
podrán convertirse en diamantes
y sus súplicas en minas de oro.
Nada volverá a separarnos.
Nada a partir de ahora.

Vivirás entre mis brazos
del día a la noche,
en el jardín de rosas de mis brazos.

Nadie sabrá de ti.
Nadie conocerá tu paradero.
Ni de noche ni de día.

Entre las rosas de tu pecho
sueño con pasar el resto de mi vida.
Los dos solos, perdidos en el jardín
de un tiempo sin horarios ni relojes,
rodeados de rosas
en el jardín cotidiano de la espera.

Pero en ocasiones la vida no resulta tan fácil. Nada hay, en realidad, fácil. Y así lo que un día llegó sin avisar, bajando las escaleras de la casualidad, sin avisar y sin esperarse, quizás algún día se vaya, y nos deje tirados en nuestras prosas, aunque siempre algo queda, algo que ha terminado por iluminar el lado oscuro del corazón:

ÚLTIMA CANCIÓN

Hace tiempo que te fuiste,
que no golpeas con tus rítmicos nudillos
la puerta siempre abierta de mis dedos,
que tus susurros no vienen a poner voz
al desierto ausente de una hoja en blanco.

Hace tiempo que no me escribes,
que no vienes en las olas del sueño
a llenarme de barcarolas las manos,
a inundar de versos estos cuadernos rojos
en cuyos lomos intento tan sólo recordar tu nombre.

Hace tiempo que la sangre de los versos
se dispone a inundar los hospitales,
que los bancos de metáforas están en quiebra,
inflando de miserias las bolsas de los premios.
Hace tiempo que ya no vienes en la noche
a regalarme con un verso susurrado un *te-quiero*,
a abrazarme con la silueta de un soneto
y hacerme sentir un dios entre los dioses de papel.

Hace tiempo que pasas por delante de mi puerta
sin volver la cabeza ni dejar entrever una sonrisa
y ya no recuerdas la magia de esas horas
que terminaron por enmudecer todos los teléfonos.

Te has ido, como quien se despide de una tormenta:
dejando un tierno olor a tierra mojada
que me encoge el corazón en una caja diminuta.

Hace tiempo que no vienes a visitarme,
que los versos se encadenan en prosas administrativas
que sueñan en convertirse en lengua de tribunales.
Ahora que te necesito más que nunca,
que necesito que seas la voz que inunde mis ojos,
ahora que los gritos de ayer me parecen susurros,
que unos versos siguen siendo un arma cargada de futuro,
ahora, como ayer, sigues estando muy lejos.
Demasiado lejos.

Hace tiempo que te has ido...

Pero ya sabes:

Siempre me encontrarás con las puertas abiertas,
y en mi mesa el cálido manjar de la conversación
para hacer de nuevo brillar los ojos del caminante.
Ya está todo preparado para el festín del verso,
para la orgía de los ritmos y de las palabras.
Sólo hace falta que vuelvas a cruzar el umbral
de la riqueza de cada uno de tus gestos,
y que nos los regales, diosa inmortal,
para inmolar en ellos nuestros sacrificios,
esta titánica lucha de encerrar en un verso
la sangre, el recuerdo, el grito, la rabia,
la ceguera de los hombres sin rostro ni aliento,
el lento crujir de la risa de un niño
y la rápida sombra de las lágrimas que se vierten
en las silenciosas sábanas de las cárceles,
en los ruidosos baldosines que ponen geometría
a la sangre vertida en medio de la noche.
Sólo falta que vuelvas a cruzar el umbral

de una nueva página en blanco, de una servilleta
en la que, como siempre, yo fuera de nuevo capaz
de escribir los versos más tristes de mi vida.

Hace tiempo que te fuiste,
y las polillas del rencor están devorando las invitaciones
y en tu plato ha crecido un eucalipto
que ha echado raíces junto al magnolio del olvido.
Hace tiempo que te fuiste,
y sólo en los conciertos de Sabina
sigues siendo la reina por encima de los altavoces.
Las librerías han quemado sus estanterías
y los árboles ya no tiemblan al oír tu nombre.

Hace tiempo que te fuiste, Poesía,
y sólo me queda suplicarte con un lápiz en la mano
que, al menos, recuerdes mi casa y mi dirección,
la solapa del libro en que un día nos conocimos
y el beso cargado de ternura con que he ido tejiendo
la maraña de silencios que inundan nuestra historia de amor.

En ocasiones, nos empeñamos en buscar frases originales, pensamientos inéditos, imágenes impactantes, esas que noqueen al lector en un segundo, que lo dejen con el corazón en vilo y la sangre en las yemas de los dedos. Sonreímos ante esa posibilidad y casi nos sangra la nariz al pensarlo. Pero todo es inútil, ya que no hay nada más efectivo en el cuadrilátero de la vida que las frases hechas, esas que han ido llenándose con el polvo de la sabiduría a través de los siglos. Por eso, no tengo ningún reparo en decir, que quien tiene un amigo, posee un tesoro. Y yo me siento rico en amistades y cariños. Y aquí están Álvaro Carvajal Fernández, Ernesto Filardi, Ana Garrido, Carmelo Hernando, Ana López de Castro y Diana Manrique, amigos y actores, actores y amigos que esta noche prestan sus voces para devolverle la vida a mis versos. Y ahí estáis vosotros, siempre atentos a cada convocatoria, siempre cercanos, en primera fila, con una sonrisa en los labios y una mirada de aprobación que lo hace todo tan fácil, pero que tan fácil. Por eso os quería dedicar este recital, estos versos recitados por amigos que espero que encuentren en vuestros corazones un nido en que arroparse y pasar la noche. Y así, durante unos años, sin quererlo, sin pensarlo, me dediqué a escribirles a mis amigos canciones, canciones que son abrazos, besos, caricias, compañía... esos abrazos, besos, caricias y compañía que, en ocasiones, no soy capaz de compartir en la vida real. Por eso quizás escribo... o quizás no.

CANCIÓN PARA ANA

SENTADO EN MEDIO DE LA PLAZA DE LAS COMENDADORAS,
en un banco rodeado del eco de risas y gritos infantiles,
acunado por miles y miles de gatos (blancos y negros),
gatos grandes, gatos enanos, gatos en vías de procreación,
gatos miseria y gatos de Angola, gatos, en fin, como tus ojos,
miro tu ventana y te imagino detrás de ella,
y así veo:
una sábana por techo y un corazón de lana con colchón
en donde alguna vez todos hemos dormido nuestros mejores sueños;
unas manos que cuando se ofrecen –siempre se ofrecen-
forman el mágico cuenco de un rosario sin reproches,

como la premonición de un bautismo que huye del agua,
de ese bautismo de unos hielos escondidos en la nevera de la vecina
y de ese color rubio que sólo reconoce el whisky entre tus manos.
¿Quién puede negar entonces tu nombre?

Y dos niños a mis espaldas se cuentan historias de miedo
con finales de brazos disecados y de uñas que hacen juego con los escaparates,
y terminan por morderse las manos y los codos y los hombros,
y mejor así, mejor sin manos, mejor sin brazos, mejor que esos yonquis
que se esconden en un rincón podrido de la iglesia
mientras una jeringuilla brilla entre las velas y las oraciones pálida.

Pero tú no estés triste,
tú que reinas sobre la Plaza de las Comendadoras.
Tú que tienes el mundo a tus pies:
sólo has de alzar la mirada por encima de las antenas y los tejados.

Detrás de tu ventana imagino una multitud de recuerdos a tu espalda,
y todos los recuerdos llevan nombres y apellidos de caricias.
Y de pronto, te levantas –¡por fin!- y ese libro que te rodeaba las rodillas
huye asustado porque ha olvidado su definición académica,
y los folios se han convertido en palomas que no se equivocan,
porque revolotean alrededor de una luz que lleva tu nombre.
Y esa luz es un faro, es ese faro al que todos nos giramos
cuando nuestro corazón se inunda en los días sin nombre de oscuridad,
cuando las olas de la tristeza hacen naufragar las arrugas de nuestra frente.

Y una anciana parece un árbol caído en medio de la calle;
se mueve tan lentamente que parece haber descubierto el silencio de la
inercia.

Y detrás, un perro, un diminuto perro que se ha olvidado de recordar
la edad que un día sus amos le sonrieron mirándole a los ojos.
Y entonces la anciana cae al suelo,
y entonces las bolsas de basura gris caen al suelo,

y entonces el perro se aleja lentamente buscando la sombra de un árbol.

Pero tú no estés triste;

tú que te has alzado por encima de los tejados de la Plaza de las Comendadoras.

Tú que miras el café Moderno, el restaurante mexicano como una estrella.

Y de pronto, la Plaza de las Comendadoras se ilumina, como un volcán, en el momento en que abres de par en par las ventanas de tu corazón.

Y nadie en la agencia espacial ni en los sesudos despachos de las academias es capaz ni de imaginar la puesta en belleza de este espectáculo;

y tu corazón es un mundo, un universo de caricias y abrazos;

y unas lágrimas que se confunden con una tormenta de verano

terminan por arrancar los recuerdos podridos de tus aceras,

y en ese instante me atrevo –ipor fin!- a mirarte, a alzar los ojos a tus ojos,

y te veo con ese corazón palpitante entre las manos,

y te miro y entonces tú también te das cuentas de que existo,

de que dos ojos te observan desde un banco de tu plaza,

y me haces una seña con las manos y tu sonrisa todo lo ilumina,

y me levantas por los aires y me ahorras los trescientos escalones

que te separan de las calles inundadas de botes de coca-cola.

Y así, sentado en medio de la Plaza de las Comendadoras,

te veo sonreír desde tu ventana de sílabas cariñosas,

desde tu tacto que necesita palpar para poder creer

y esta sonrisa es toda la felicidad que necesito,

y esta sonrisa es toda la felicidad que necesitamos.

Y así, tú no estés triste;

tú que reinas por encima de las ventanas de la Plaza de las Comendadoras;

tú que acompañas el milagro del día cada mañana al levantarte;

tú que iluminas nuestras noches con el tono cálido de tus palabras;

tú que necesitas hablar cariños como otros deshojar margaritas;

tú que santificas el nombre, en ocasiones amargo, de la amistad;

tú que nos dejas okupar sin resistencia las cuatro esquinas de tu casa;
tú que nos dejas hacer nuestra voluntad en la tierra y en el cielo.

Tú no estés triste:

no hay dolor que se resista a la corona de tu sonrisa.

Se puede decir que me gusta contar historias. Me gusta imaginarme situaciones que nunca viviré. Estoy infectado de literatura y de ficción, de novelas y de películas; más de películas que de otra cosa. Por eso bien puede decirse que mi poesía busca las imágenes, pero no tanto para describir lo que se ve como para imaginarse lo que se esconde detrás de aquello que vemos, que vivimos, que nos ha tocado en suerte en el reparto del guión de nuestras vidas. En todos mis libros de poesía se pueden encontrar historias, historias que nacen de un recuerdo, de una vivencia, de una pesadilla o de ese estado de gracia que da una buena borrachera.

DÍPTICO DE LA CALLE ALMIRANTE

I.

He salido a buscarte por las calles de Madrid.

Absurdo. Inútil.

Le he enseñado tu foto a los semáforos

-que me han despedido con sus monótonos parpadeos-,
a las señales de prohibido

y a las aceras imberbes en esta ciudad en ruinas.

En la calle Almirante los frenos de los coches
marcaban el ritmo de estos versos tan inútiles,
tan absurdos como mi búsqueda nocturna.

Hasta que ha llegado un camión de la basura
con su carnaval y sus ruidos de botellón
llenando la noche del sabor de tus recuerdos.

Estás cerca.

Ahora, más que nunca, estás cerca.

Se para un coche y me pregunta por ti.

No soy el único que te busca en la noche
(¿No soy el único que te disfrutó la otra noche?).

El camión de la basura pasa a mi lado

y su caricia es dolorosa, tanto como tus caricias,
tanto como el recuerdo de otras caricias nocturnas,
de aquellos besos que robamos aquella lejana noche.

II

Técnicamente se puede decir que estoy borracho.
Una autopsia hablaría de las dos botellas de Rioja,
el aperitivo y la cerveza que sombrearon la cena.
Quizás mi estómago todavía conserve recuerdos
del whisky que ayer atrapó tu nombre
en el fondo azulado de un vaso de hielo.

Técnicamente puede decirse que estoy borracho
y que solo un borracho se pararía en medio
de la calle a escribirte versos que nunca leerás,
que se deja querer por los frenazos de los coches
y las miradas vidriosas que se esconden tras las gafas.

Técnicamente estoy borracho.

Otra cosa bien distinta es lo que deja traslucir la realidad:
que estoy esta noche contigo, entre tus brazos,
mientras sueño que deambulo borracho por Madrid
intentando descubrir tu sonrisa en el parpadeo de los semáforos.

Y si me gusta contar historias en verso –lo que me permite todas las licencias posibles, alejarme de los rudimentos obsesivos de la prosa-, si me gusta imaginarme los libros de poemas más allá de la simple acumulación de poemas –como tampoco entiendo un poema como una simple acumulación de versos-, y sé que al decirlo me coloco en una línea poética que tiene muy poco predicamento en estos tiempos, también es cierto que me gusta también convertirme en voz de otras personas, trascenderme más allá de un yo lírico que me agota, que me aburre, si soy sincero. Por eso trabajé con los diálogos y el teatro en mi último libro, “Tríptico”, en poemas escénicos y en monólogos, que Diana Manrique, junto a Ana Garrido y Ana López de Castro (parte del grupo de teatro Aldaba) han convertido en un magnífico espectáculo teatral, “Del amor y sus sombras”, que, como podéis imaginar, os recomiendo. Pero esta necesidad de darle voz al “otro”, ya estaba en mi primer libro, “Prometeo condenado”, al que pertenecía el primer poema que hemos leído, y este otro, en que ese yo lírico, encadenado a todas nuestras miserias, tendrá una voz que los responda, como un eco, ese clásico “coro de las oceánidas”... y como homenaje al grupo de teatro Aldaba, serán ellas, las actrices las que ahora le den vida a este poema, que comienza con la siguiente acotación teatral (por llamarla de algún modo):

Ahora sí que la noche ha caído como un telón. En ocasiones la vida se empeña en imitar los escenarios de los recuerdos de las palabras. Una noche de luces de neón y de garajes, aunque sigamos en una montaña, en una roca. Los árboles, la luna y algún que otro ruido parecen de cartón.

Prometeo

Hay noches en que llorar no es suficiente...

(Coro de Oceánidas)

(nunca es suficiente)

(jamás es suficiente)

Prometeo

... en que las lágrimas se cuelgan de los esqueletos de las lámparas
y todo parece iluminarse con una luz de laberintos y esquinas.
Hay noches en que pronunciar tu nombre no es suficiente...

(Coro de Oceánidas)

(nunca es suficiente)

(un día fue suficiente)

Prometeo

... en que sólo se escuchan las letras embalsamadas de las canciones
y todo se llena del aroma triste de un bolero recién cortado.
Hay noches en que la soledad se acerca como una compañera...

(Coro de Oceánidas)

(huye de las sombras)

(aléjate de las sombras)

Prometeo

... y tiende sus manos imitando la circunferencia de un abrazo,
noches, incluso, en que los besos se venden en los escaparates
y los saldos de las buenas intenciones agotan sus húmedas existencias.
Hay noches que no pueden compartirse...

(Coro de Oceánidas)

(acércate a los espejos)

(rompe todos los espejos)

Prometeo

... y soledades que parecen gigantes en un cuento olvidado,

y sueños que se confunden con el hielo del fondo de un vaso vacío.
Hay noches que se equivocan con una derrota...

(Coro de Oceánidas)

(atrás quedaron tus derrotas)
(adelante encontrarás tus derrotas)

Prometeo

... y el sudor frío dibuja nuevas arrugas en la frente,
y los años se visten con el traje recién planchado del amanecer.
Hay noches en que llorar no es suficiente...

(Coro de Oceánidas)

(¿acaso ha sido suficiente?)
(¿acaso fue suficiente?)

Prometeo

...y mucho menos escribir el maleficio en los pliegues de las sábanas,
y mucho menos intentar recordarte ahora que estás lejos,
y mucho menos refugiarse en la esperanza de un regreso,
y mucho menos contar los minutos, los segundos, las décimas de segundos
intentando atrapar el tiempo; intentando, por una vez, detenerlo.

Y al instante todo se apaga. Parece como si se hubiera ido la luz: sólo es necesario una décima de segundo para transformarlo todo. Todo parece que se ha detenido, que ha desaparecido. Y así es, así ha sucedido en realidad, aunque sólo sea por unas décimas de segundo.

Durante muchos años se me ha clasificado como neo-romántico, cuando han querido clasificarme, o han tenido paciencia para acometer esta empresa. Ahora parece que los términos van cambiando: una profesora italiana me acaba de escribir y decir que defiende en un ensayo que mi última poesía, la de “Tríptico” es un claro ejemplo de poesía “neo-barroca”. Bueno, no deja de sorprenderme –y de halagarme- que alguien pueda dedicar su tiempo a estudiar lo que escribo... pero bueno, ahí quedan las cosas. No sé qué pensará de mi nuevo libro, en que llevo trabajando hace meses, y que tiene como título provisional “Puzzle”. Un libro que habla, de una manera quizás caótica, poliédrica, desde diferentes ángulos y perspectivas, de la injusticia humana, de ese monstruo que los hombres llevamos dentro. Ya que entiendo que la poesía no ha de ser sólo medio para expresar sentimientos líricos. La poesía también es un lenguaje apropiado para denunciar, para opinar, para construir un mundo mejor.

Este libro nació de una imagen. Una imagen que me impresionó y que desde la encontré por casualidad en Internet, me persigue, me atormenta. El 19 de julio del 2005, en la pequeña ciudad iraní de Mashad, se ahorcó a dos jóvenes por homosexuales. No habían cumplido los dieciocho años. La imagen que recorrió el mundo muestra el instante previo del asesinato, cuando dos encapuchados colocan alrededor de sus cuellos las dos sogas. A partir de esta imagen, de esta noticia, comencé a indagar, a preguntar y preguntarme, y las imágenes se multiplicaron, las de miles de ajusticiamientos, de muertos colgados de grúas, levantadas en las principales plazas de Irán. Un largo poema, un poema dividido como en un puzzle, dedicado a los dos jóvenes homosexuales asesinados: Mahmoud y Ayaz.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz,
y tenían tan solo 17 años,
y fueron ahorcados un 19 de julio.
No lo olvidemos.
Su historia debía haberse escrito
con otros titulares, con otras fotografías.
Pero no fue así.
Llegaron llorando a la plaza.
En la furgoneta de su angustia,
llorando las lágrimas que no derramarán de viejos
(como tantos otros, yo he visto las fotografías).
Y llegaron como dos cachorros asustados,
temblando en el frío de tantas miradas,
ante el abismo del final de su vida
antes incluso de haber intentado imaginarla.

Dos jóvenes.
Perseguidos en sus miradas.
Espiadados en sus susurros.
Asesinados por su deseo.

Caen las llaves.
Caen mientras la puerta se abre.
Lenta. Lenta. Lentamente...
... en caída libre.
Y el estallido metálico
resuena por toda la casa.
No hay nadie. No hay nada.
Los pocos muebles no ahogan el eco
y en el abismo de las paredes
cuelgan las huellas de otras vidas,
de otros cuadros,
la geografía geométrica del polvo
y de la miseria compartida.

En esta misma habitación vivieron
mis padres y mi hermana mayor,
la hermana que nunca encontró marido.
En esta misma habitación te amé
una noche,
siempre desde aquella única noche.
En esta misma habitación te perdí.
Para siempre.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Repitamos sus nombres hasta quedarnos sin labios.
Mahmoud, Ayaz. Mahmoud, Ayaz...
Recordemos su edad: esos 17 años
que no serán jamás la sombra de un recuerdo,
esos 18 que no les dejaron celebrar.
Su historia tenía que haberse escrito
con la tinta anónima de tantas otras vidas,
con el guión ambicioso de la felicidad,
que vamos escribiendo en las esquinas
interrogantes con las sorpresas cotidianas.
Pero no fue así.
Que el silencio no caiga sobre ellos
como una segunda muerte, una segunda horca,
un segundo perder el aire en el segundo
indecente que nos devuelven las fotografías.
Las fotografías de Mahmoud y Ayaz
con la soga de nuestro silencio alrededor de sus cuellos,
justo un segundo antes de ser arrojados al vacío.

Dos jóvenes.
Serenos. Mudos. En blanco y negro.
Con la soga al cuello.
En el improvisado altar del crimen,
de la barbarie, de la muerte.

¿Por qué seguir viviendo
si ya no puedo estar a tu lado?
¿Si los pasillos nocturnos
no se iluminan con tus caricias,
con este dejar caer los brazos
en el pozo sediento de tu cuerpo?

Y se caen las llaves una vez más.
Una vez más resbalan
y se pierden entre mis dedos
antes de caer, antes de volver a caerse.
Caída que se repite,
caída convertida en un grito metálico
que se repite todas las tardes.
Desde que te fuiste.
Desde el instante en que me miraste,
desde el instante en que supe que nada
sería igual,
que mi vida comenzaba a caerse
con el mismo ritmo de estas llaves,
con el mismo estruendo final, metálico.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.

¿Cuántas veces habías pasado antes por mi lado?
¿Cuántas nuestros labios habían compartido
el mismo humo en los vasos de Jam e-Jam?
¿Cuántas veces nos habíamos mirado sin vernos,
cuántas no habíamos coincidido en nuestras miradas
ni en el camino hacia el parque Mehlat?
No tengo vida para comprender tantas matemáticas.

Y no importa tampoco.
Aquella vez fue la primera.
La primera en realidad de todas.
... y la única.

Dos verdugos.
Sin rostro. Tras los pañuelos,
escondidas sus miradas. Cobardes.
Ajustan con sus manos asesinas
el lazo mortal de las sogas.

Teherán se ha llenado de grúas.
Mil grúas según las frías estadísticas
de los despachos aterciopelados
de los organismos oficiales.
Mil grúas en el cielo de Teherán.
Mil grúas en el horizonte macabro.
Mil grúas esperando mil cuerpos,
mil jóvenes, mil niños, mil mujeres
que dejarán en la altura su aliento,
que cortarán nuestras venas cobardes
en el suicidio de nuestro silencio.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.

Hoy me ha detenido la policía.
Volvía, como siempre, por mi acera.
Sin mirar a nadie. Sin dejarme arrastrar
por la soga suicida de ninguna mirada.
Noche sin luna, sin coches, en silencio.
Noche como la de tantas y tantas noches.
Y de pronto me sentí atrapado por tu olor,
por el aroma grasiento de tu cuerpo,

de ese que una noche estuvo entre mis brazos.
Y entonces levanté la cabeza y te busqué
y creí encontrarte en aquella mirada sonriente.
Pero no eras tú.
Ya nunca eres tú.
Y entonces fue cuando me detuvieron.
No podría decir qué es lo que pasó después.
Creo que me han roto todos los huesos,
y que cinco policías me violaron
y me azotaron ochenta veces
siguiendo el guión de tanta ignominia.
Pero tu olor sigue intacto en la calle.
El recuerdo de tu olor temblando en las aceras.

Te fuiste lejos para estar muerto
en otra cama, con otra familia.
Te fuiste lejos para seguir viviendo
en la mentira cotidiana
de una familia impuesta
a golpes de contratos infantiles.
¿Para qué seguir viviendo?

Dos jóvenes.
Sin mirada. Sin voz. Sin tierra.
Dos jóvenes.
A las puertas de convertirse en
dos ángeles.
A las puertas de abandonar
el infierno que abrasa sus ojos,
que ahoga con sangre en la boca
el gozoso segundo de los susurros.
Dos ángeles
a las puertas del cielo,
ese que les permite seguir soñando

con vivir el resto de sus vidas abrazados,
compartiendo sus labios,
comiéndose su amor a besos.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.

Me dijeron que te fuiste lejos.
Muy lejos. Lejos más allá de las ciudades
que marcan las fronteras de los autobuses.
Nunca me dijeron dónde. Sólo que muy lejos.
Te busco cada noche en el mapa de carreteras
que despliego sobre la mesa. La única mesa.
Me busco cada noche encontrándote
y con mi dedo voy recorriendo los caminos,
superando los puentes y las montañas
hasta soñar el abrazo sonriente de la bienvenida,
llamando a la puerta de tu nueva casa
y viviendo para siempre en tu sonrisa.
Porque siempre te encuentro en un oasis.
Lejos. Siempre muy lejos.
Pero en un oasis.
Y mientras te abrazo oigo el rumor del agua
que corre y que inunda tu cuerpo.
Y como todas las noches,
pliego el mapa de carreteras y lo guardo
en el cajón enrojecido de mis deseos.

Y mi silencio es vuestra soga.
Y nuestro silencio es también vuestra soga.
No lo olvidéis nunca.
Con nuestro silencio somos uno más.
Tomamos parte del criminal desfile
que aplaude vuestro último instante,

que jalea el segundo en que la garganta
se quiebra y los pies dejan de buscar
una tierra en que seguir respirando,
en que seguir sintiendo y lamentándose.

Uno más. No lo olvidéis.

También nosotros seguimos paseando por las plazas
después de haber presenciado vuestro asesinato
en silencio,

Un silencio cómplice, un silencio asesino,
por más que lo intentemos llenar de palabras
y del frío contaminante de las estadísticas.

Conservo una de tus camisetas.

La única joya en la pocilga de mi vida.

La única prenda de valor de mi casa.

Cada domingo la saco y me la pongo.

Tan solo unos segundos. Un minuto.

Es todo lo que necesito para impregnar de tu olor
mi pecho y mis manos, mi espalda y mis brazos.

Es la única compañía que necesito
para sobrevivir sin ti una nueva semana.

Hoy han levantado una nueva grúa

en la plaza cerca del parque Daneshju.

Hace calor. Mucho calor. Demasiado calor.

El desierto había caído sobre la mañana
y costaba respirar. Hacía daño respirar.

En tres ocasiones crucé la plaza
camino del mercado. En tres ocasiones.

Podía haber aprovechado la sombra
de los callejones, pero no lo hice.

Así pude ver cómo la grúa se iba alzando
por encima del horizonte de nuestras cabezas.

Algunos curiosos seguían el espectáculo.

Tres jóvenes se habían quitado la camiseta.
Sus pechos relucientes atrajeron mi mirada.
Y me paré.
Y a la tercera ocasión me quedé mirándolos.
Perdido en sus muslos, en la tensión de sus brazos,
en sus gritos, bocas abiertas, en sus insultos.
Allí me quedé toda la mañana. Mirando.
Ahora ya lo sabía.
Mi destino estaba ya escrito. Era inevitable.
Es una simple cuestión de tiempo.
Mañana seré yo
quien cuelgue sin vida de lo más alto
de aquella grúa que ahora están levantando,
soberbia, imponente, en medio de la plaza.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.

Dos jóvenes
en el siniestro cielo de Mashad.
Dos tumbas abiertas.
Dos gritos al aire.
Dos grúas criminales.
Dos cuerpos. Sólo dos cuerpos...

Me encuentro sin fuerzas.
Ni para recordarte siquiera.
No recuerdo la última vez que comí.
La última vez que me alimenté
del néctar de tu recuerdo.
Estoy débil. Demasiado débil.
Quizás esté perdiendo el combate
y haya llegado el momento
de tirar la toalla

y quedarme aquí, quieto, muy quieto
sin moverme, en el centro de nuestra cama.
Pero, ¿y si te da por volver?
¿Y si vuelves como un día prometiste?

Silencio. Permanecer en silencio.
No hablar. No susurrar. No respirar.
Quedarse así. En silencio
mientras se desfloran tus sonrisas
y me vierto en silencio, mudo
sobre el oasis sediento de tu cuerpo
en el silencioso parque Daneshju.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.

Y miles de gritos, y miles de silencios
que no consiguen ahogar
un soñarse por última vez juntos,
el gozoso manantial de los abrazos
y el oasis acuático de los besos,
los encuentros furtivos en la noche
que sonrosaban la luna llena.
La entrega total.
Para siempre. Para siempre. Para siempre.
Ese saberse otro en otro cuerpo
y uno mismo en otra mirada.
Ese encontrarse, por fin. Para siempre.

Alguien me robó las llaves de casa.
Ahora lo sé. Ahora, por fin, lo sé.
Ese alguien se parece a mí, pero no soy yo.
Hay algo en su mirada que desconcierta,
pero no soy yo. Yo sé que no lo soy.

El espejo se empeña en engañarme.
Los vecinos hacen como que me conocen,
pero no soy yo quien abre la puerta
por la noche, quien recoge las llaves del suelo,
quien se tumba en nuestra cama,
quien se ha pasado todo el día
sin llegar ni una vez a recordarte.

Dos jóvenes colgados
en las grúas criminales de la plaza.
Dos jóvenes. Dos enamorados.
Dos nuevos ángeles en el cielo de Irán.

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.

Ayer te vi por la calle.
Es imposible. Lo sé. Y así me lo repito
desde aquel fugaz segundo
en que te vi pasear por la calle.
Ibas con ella. Junto a ella.
Sin hablar. Sin mirar. Sin pestañear.
Se diría que un burka de años
te cubriera la cara y las manos.
Pero eras tú. Seguro que eras tú.
¿Cómo no reconocerte, yo,
yo, que te cincelo cada noche
con el tacto certero de mis recuerdos?

La sombra mortal de las grúas
llena de pesadillas mis noches
y de hedor todos mis días.
Mañana me tocará a mí.
Lo sé. Lo he sabido siempre.

Desde el momento en que te vi,
en que mis labios descubrieron
el alfabeto silencioso de tu nombre.
Pero ahora sé que no me importa.
¿Cómo es posible vivir, cómo
alejado de la sombra de tu cuerpo?

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.

Estas serán mis últimas palabras,
los últimos versos que te escriba.
No habrá más. Nada más que silencio.
Es demasiado tarde.
Lo sé. Ahora lo sé.
¿Cómo he podido estar tan ciego?
Esta mañana nos hemos cruzado.
Hemos vuelto a encontrar nuestras miradas.
Tú has hecho un gesto con tu mano
y la soga del miedo y de la vergüenza
se me ha anudado, por un segundo, al cuello.
Esta mañana nos hemos cruzado
bajo la sombra asesina de una grúa.
Y ahí seguía yo, como el otro día,
con los pies colgados, sin vida,
ajeno al griterío de los colegios,
a las prisas agrícolas de los mercados,
a tu mirada atroz, a tu silencio mortal,
al gesto de tu mano, a tu denuncia,
a la huella de la muerte
que tatuaste en mi cuerpo con tus labios.
Uno más entre tantos ahorcados.
El único que soñó que en tus ojos
había encontrado el oasis del paraíso.

Oigo gritar a través de las ventanas.
Dos mujeres lloran.
desesperadas.
Dos mujeres gritan,
desesperadas.
Y entre las rendijas de los cristales
escucho sus voces y sus muertes,
sus lágrimas y sus lamentos.
Gritan muertes anunciadas
y golpes en medio de la noche
silenciosa de los murmullos y las costumbres.
Gritan y lloran otras muertes.
Es de noche y escucho sus nombres
desde mi cama, desde mi ventana.
Y me escondo, una vez más, entre las sábanas.
Esta noche lloran y gritan otras muertes.
Mañana será la mía.
La nuestra.
Y en nuestro recuerdo no habrá gritos,
ni lágrimas.
Tan solo el silencio de las falsas acusaciones,
la ignominia de los juicios a puerta cerrada.
Y entonces lloro y me callo los gritos
en honor de mi propia muerte.
La más silenciosa.
La que acaba un poco conmigo todos los días.

[TODOS]

Y se llamaban Mahmoud y Ayaz.
Y tenían tan solo 17 años.